

Capítulo 12

FÉLIX DENEGRÍ LUNA

Homenaje



HOMENAJE A FÉLIX DENEGRI LUNA

Copyright © 2000 Fondo Editorial de la
Pontificia Universidad Católica del Perú
Av. Universitaria, cuadra 18, San Miguel
Telefax: 460-0872
Teléfonos: 460-2870, 460-2291 anexos 220 y 356
E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Derechos reservados, prohibida la reproducción de
este libro por cualquier medio total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

Primera edición: diciembre del 2000
500 ejemplares
Impreso en Perú - Printed in Peru

Hecho el Depósito Legal, Registro N° 1501222000-4715
Obra completa: ISBN 972-42-376-X

Cubierta:

Diseño y diagramación: Gisella Scheuch
Impresión: Siklos S.R.Ltda.

Evocación de don Félix Denegri Luna

LUIS SANTIAGO SANZ

El historiador peruano Félix Denegri Luna falleció en el Ecuador el 6 de diciembre de 1998, a los 79 años.

Era miembro correspondiente de nuestra corporación. Participó en el VI Congreso Internacional de Historia de América, celebrado en 1980 en Buenos Aires. En esa oportunidad leyó un trabajo vinculado con un tema que por entonces estaba en el centro de sus estudios. Lo tituló *Cusco. Sus fundaciones y su rol en la formación del nacionalismo hispanoamericano*. Poco antes había prologado la obra de Diego de Esquivel y Navia *Noticias Cronológicas de la gran ciudad del Cusco*, escrita en el siglo XVIII.

Fue uno de los vicepresidentes de esta memorable reunión que congregó a tantos distinguidos historiadores del continente y europeos, en su condición de presidente de la Academia Nacional de la Historia del Perú. Durante muchos años dirigió esta ilustre institución. Sus conocimientos, su prestigio y la autoridad que le daban sus títulos universitarios —era abogado y doctor en literatura— lo llevaron con naturalidad al desempeño de esta relevante posición en el ámbito cultural de su país.

Su obra historiográfica cubre una extensa gama. Fue considerable su aporte documental. Con entusiasmo desbordante, dio impulso en una fecunda y larga colaboración con Jorge Basadre, a las publicaciones que conforman la Biblioteca de la República en la que figuran trabajos como las *Memorias del general José Rufino Echenique, diez años de historia política del Perú 1834-1844*, de Modesto Basadre y otras piezas documentales de subido interés e importancia.

Editó y puso prólogo y anotaciones a la *Memoria militar* del general Pezuela 1813-1815, publicada en 1955.

Entre sus numerosos estudios corresponde señalar sus valiosas colaboraciones a la Historia Marítima del Perú en los dos volúmenes que cubren el periodo de 1826 y 1851.

No necesito mencionar los motivos que me inducen a acentuar la importancia que asumen su aporte e investigaciones para la historia diplomática del continente. En Lima, la Comisión Nacional del Centenario de la Guerra del Pacífico le encargó la redacción del prólogo a la *Memoria* que el Ministerio de Relaciones Exteriores presentara al Congreso Extraordinario de 1879 sobre el conflicto suscitado por Chile contra las repúblicas del Perú y Bolivia. Cuando en 1994 el Instituto de Estudios Históricos del Perú publicó la obra *Mi misión en Chile en 1879* —que contiene las memorias de José Antonio de Lavalle, el enviado que recibió la declaración de guerra contra su país en las dramáticas circunstancias que describe— Denegri Luna la prologa con un estudio de más de sesenta páginas y un escolio explicativo con cerca de ciento cincuenta referencias aclaratorias. José Agustín de la Puente Candamo ha recordado que se deleitaba con analíticas notas de pie de página. Evocó su gozo en la confrontación de datos y su exactitud en la cita.

Exigente historiador, erudito, sus estudios siempre estaban apoyados en una nutrida bibliografía.

Pocos meses antes de su inesperada muerte vio luz el que sería su último libro: *Perú y Ecuador: apuntes para la historia de una frontera*. Un estudio voluminoso y denso sobre los límites entre ambas naciones, en el que los datos históricos y el análisis de la cartografía se entrelazan en una sólida exposición documental.

Esta obra debía complementarse con otra que ya había comenzado sobre las relaciones del Perú con Chile. En su último viaje a Buenos Aires me pidió que recorriéramos algunas librerías para reunir material vinculado con las incursiones de los indígenas que desde Chile pasaban al territorio argentino, un punto que pensaba desarrollar en conexión con otros aspectos de la política chilena.

Solo pudo avanzar en los primeros capítulos de esta obra. Confieso que tan áspera, rugosa y compleja tarea creaba en mi espíritu una viva expectación. Debía explayarse sobre urticantes cuestiones limítrofes, asunto que conocía en sus más recónditos antecedentes históricos.

El historiador fue hombre de consulta en los problemas de límites por la Cancillería peruana. Era miembro de la comisión consultiva de Relaciones Exteriores. En reconocimiento a sus servicios fue condecorado, en forma póstuma, con la Orden del Sol del Perú en el grado de Gran Cruz. Asistí a la ceremonia que con ese motivo tuvo lugar en el palacio Torre Tagle. En el más suntuoso salón de la ilustre residencia limeña, el ministro de Relaciones Exteriores enunció los motivos que justificaban con amplitud la alta distinción que el gobierno otorgaba al historiador fallecido.

La condecoración creada por San Martín se agregaba a otras que las autoridades de Bolivia le habían concedido con anterioridad: la Gran Cruz de la Orden al Mérito Civil Simón Bolívar y la encomienda de la Orden del Cóndor de los Andes.

Una referencia a Félix Denegri Luna quedaría fragmentada y trunca en un aspecto sustantivo de su personalidad si no hiciéramos mención a su biblioteca. Más de cincuenta mil volúmenes descansaban en los estantes o se esparcían en amplias mesas, abiertos o apilados con marcas que testimoniaban la consulta acuciosa a que habían sido sometidos. Era una biblioteca orientada hacia los temas históricos y especialmente nutrida en la época republicana. Inigualada colección privada en el Perú por la riqueza de su hemeroteca y valioso fondo documental, constituye un impresionante reflejo de la sensibilidad de un gran bibliófilo, de un apasionado amante de los libros. Empezó a reunirlos desde muy joven con esfuerzo y juicio seguro. La selección de obras peruanas y los libros de Bolivia y Chile que reunía le asignaron un considerable valor económico. No faltaron ofertas para adquirirla. Las desechó. Por disposición testamentaria la legó a la Pontificia Universidad Católica de Lima. Lo indujeron a ello sus convicciones religiosas y su agradecimiento a la universidad que nutrió su intelecto y en la que fue catedrático. Quería —me lo dijo en diversas ocasiones— evitar su dispersión. En un encomiable y patriótico impulso resolvió que sus libros permanecieran en el Perú integrando un centro de investigación unido a su nombre.

Fue su biblioteca un remanso de cultura, un recinto abierto siempre a sus amigos y a los investigadores que acudían para obtener un dato, una referencia infructuosamente pesquisada en otros repositorios, seguros de encontrar en su dueño una acogida generosa y el consejo orientador que permitía profundar sobre el tema en estudio.

Me cuento, agradecido, entre los que abrevamos en la fuente rica de las obras que atesora esta magnífica biblioteca. Porque era pródigo con sus libros y nada avaricioso de un saber que dispensaba con llaneza y sin retazar. Su generosidad intelectual se compaginaba con la firmeza de la amistad que dispensaba cálida y abundosa.

Su conversación era amena. Escuchaba con calma y atención, para intervenir luego en el diálogo con su habla pausada y su cadencia muy peruana. Hombre de convicciones arraigadas, no omitía el dejar asentada su discrepancia cuando no compartía las opiniones del interlocutor o disentía con sus juicios históricos. Lo hacía en términos a veces no exentos de una leve ironía, aunque nunca agresiva.

Era por naturaleza un conciliador. Fue insistente en organizar encuentros en Lima con historiadores chilenos y ecuatorianos con la idea de alentar una mayor comprensión entre los intelectuales de países que habían rivalizado en el curso de una historia agitada, no pocas veces, por la violencia.

Perseverante con sus propósitos, murió en Quito. Había concurrido invitado por el Congreso de Historia de Ecuador. Los ruegos de su mujer no lo disuadieron. Pensó que era su deber concurrir. Presentó una ponencia sobre el pintor

ecuatoriano Manuel Ugalde. Fue su último aporte a la historia y el fin de su vida terrena.

La noticia de su fallecimiento me sorprendió dolorosamente. No hacía mucho que juntos concurrimos a un acto en la casa que fuera de Raúl Porras Barrenechea. Conocía la amistad que me unía al eminente historiador peruano. En el trayecto memoramos su singular personalidad. Denegri Luna, con la amenidad que le era connatural, narró episodios de su vida que me condujeron a recordar que siendo ministro de Relaciones Exteriores y encontrándome en Lima, Porras dejaba su despacho y me invitaba a recorrer los claustros más recónditos de las bellas iglesias de Lima, cuyos antecedentes evocaba con deslumbrante conocimiento y galanura. Esa tarde fue la última que estuve con Félix. Cuando nos despedimos me anunció un próximo viaje a Buenos Aires. Su muerte, tan repentina, frustró esas intenciones. En mi espíritu quedó un pungente sentimiento de tristeza y conservo el lacerante vacío que deja la ausencia de este amigo entrañable.